

UN SER FRÁGIL.

Quiero ahora, por así decirlo, hablar con el corazón en la boca.

Ciertamente hoy en día entre tantas cosas que están en crisis, también está en crisis el sacerdocio católico. Múltiples son las causas de esa crisis; hay causas endógenas, propias de adentro, digamos, y hay causas exógenas, de afuera. No es una cosa de ahora, no es algo que ha comenzado en nuestro tiempo, sino que es una crisis que se remonta a siglos, porque hace siglos que Satanás está tratando de destruir el orden cristiano; hace siglos que aquel que la Sagrada Escritura llama *Príncipe de este mundo* (Jn 12, 31; 14, 30; 16,11) está buscando -y lo va consiguiendo, según puede verse cada vez más-, más adeptos y más seguidores. Una de las cosas que son el obstáculo para el avance de Satanás en el mundo, es el sacerdocio católico, el sacerdocio católico tal cual lo creó, tal cual lo ideó y tal cual lo fundó Nuestro Señor Jesucristo. Y que hay sacerdotes católicos en crisis se sigue viendo en la actualidad; basta hacer, por distintas partes, un viaje de primeras Misas.

¿Qué es lo que el diablo trata de poner en crisis en el sacerdote católico?

Lo que va a buscar en primer lugar y lo que va a tratar de lograr -a lo mejor no de entrada, pero sí después-, es poner en crisis la fe sobrenatural. Va a buscar por distintos medios -no viene al caso tratar ahora- que el sacerdote católico deje de poner el acto de fe sobrenatural, es decir, que pierda de vista en su vida -para que luego eso se continúe en su pensamiento- lo que es la dimensión sobrenatural. Eso, lamentablemente, se ve hoy en día de muchas maneras; por ejemplo, están los llamados «teólogos del disenso». ¿Qué fe sobrenatural tienen esos hombres, cuando no tienen empacho en contradecir a quien Jesucristo mismo ha puesto como «Roca», como «Piedra» en su Iglesia; cuando no tienen empacho de recoger firmas -como si la Iglesia fuese un partido político- para criticar, por ejemplo, la designación de los obispos, o la Encíclica *Evangelium Vitae*, o la *Veritatis Splendor*? ¿Qué visión sobrenatural tiene el sacerdote que convierte el Santo Sacrificio de la Misa en una suerte de *show* donde el protagonista es él, siendo que los grandes protagonistas de la Santa Misa son el Padre, a quien se dirige el sacrificio, el Hijo -que es la Víctima y al mismo tiempo el Sacerdote principal-, y el Espíritu Santo? Cuando el sacerdote pierde de vista lo sobrenatural, cuando sus conversaciones son mundanas, cuando sus únicas preocupaciones son sólo los problemas de este mundo, el sacerdote ha claudicado, ha dejado de ser lo que Jesucristo quiere que sea. El sacerdote debe llevar a los hombres a Dios y si no lleva a los hombres a Dios no sirve para nada, es estéril, es la sal que pierde su sabor y que sólo sirve para ser pisada por los hombres.¹ Como pasa con todos los sacerdotes que han claudicado en la fe, ¡son pisados por los hombres!

El *Príncipe de este mundo* busca perder al sacerdote -y lo busca de un modo particular, ya que el sacerdote para el diablo es *boccatto di cardinale* (presa escogida)-, sabe que si lo consigue, con su caída consigue muchas almas.

¹ cfr. Mt 5,13.

No solamente se busca de que se pierda de vista la dimensión sobrenatural, la dimensión propia de la fe que es de aquellas «realidades que no se ven»,² sino que también se busca y muchas veces se logra, que el sacerdote pierda la dimensión propiamente humana, racional, y entonces se quiere que el sacerdote obre estúpidamente. Eso se trata de hacer sobre todo por medio de las filosofías modernas de los «pensadores» actuales, que la inmensa mayoría de la gente no conoce, pero que a veces lee, por lo menos en parte; se difunde por medio de los comunicadores sociales: ...la gente ve televisión, ve este programa, este otro y le queda dando vueltas en la cabeza toda una serie de ideas falsas, de sofismas, de atentados contra la auténtica metafísica del ser.

Si pierde el sacerdote la razón, si pierde aquello que constituye y distingue al hombre, si pierde ese instrumental precioso que Dios nos ha querido dar, por el cual somos *a su imagen y semejanza* (Gn1,26), se queda convertido en un esclavo de lo que se dice. Así, por ejemplo, hoy en día se dice: «Bueno, ahora no hay por qué usar casulla cuando se celebra la Misa»; se dice también: «¿Por qué lavarse las manos -el rito del lavabo-, cuando el sacerdote le pide a Dios que le perdone sus pecados? ¡Bueno, que lo limpie!, pero ¿por qué ese gesto de lavarse las manos delante de tanta gente?». Y como esto se dicen tantas cosas sin sentido.

Entonces, se le va quitando al sacerdote aquello dado por Dios a nuestra naturaleza humana para que el hombre sea hombre, para que sea un ser racional, para que obre entonces de manera racional. Por ese motivo Dios le ha dado al hombre la inteligencia, para que descubra el error y lo refute, como tiene que hacer un auténtico sacerdote.

El sacerdote tiene que dar la vida por los demás, y ¿cómo puede dar la vida por los demás, si es incapaz de defender la fe de los demás? ¿Cómo puede dar la vida por los demás si el sacerdote no está capacitado para dar razones de su fe, por haberse dejado llenar la cabeza con los sofismas de la cultura moderna?

Además, aún se pretende que el sacerdote no solamente deje de lado la fe, no solamente que deje de lado la razón, sino incluso que se comporte como se comporta una tuerca en una maquinaria, es decir, que se ataca aun lo que podemos llamar la «sensibilidad del sacerdote». A algunos le sonará raro lo que estoy diciendo, pero esto es algo que ha ocurrido en estos últimos siglos. Doy tres ejemplos:

Lutero fue sacerdote católico, fue religioso -monje agustiniano-, él fue el primero que levantó la bandera contra el orden sobrenatural quebrando la primacía del Papa -por lo menos en él y en los que lo siguieron- y estableciendo el principio del «libre examen», es decir, que cada uno interpretara la Sagrada Escritura tal como le parecía, «*a piacere*». ¡Cuántos lo siguieron, incluso obispos de aquella época! ¡Era lo que estaba de moda y siguieron las modas!

Y cuando llegó la época de la Revolución Francesa, la época del liberalismo, en la que los hombres se alzaron en contra de la razón -aunque habían levantado un altar a la «diosa razón» y en nombre de la «diosa razón» pusieron en marcha la guillotina-, ¿cuántos sacerdotes fueron cómplices, monaguillos del Anticristo, mientras había otros hermanos sacerdotes, por ejemplo en La Vandée, que murieron mártires, que dieron su vida antes de claudicar, antes de renegar de Jesucristo?

Y también en estos tiempos, ¿o acaso nos hemos olvidado ya de los «curas marxistas», de los «curas guerrilleros»? ¡Era lo que estaba de moda: el marxismo! ¡Adelante! ¡Parecía ser

² cfr. Heb 11,1.

el futuro de la humanidad..., todo el mundo va para allá..., y ellos, como tontos, llevaron bajo el palio a Marx y a Lenín, a Stalin y a Kruschev!

¿Cómo es posible esto? ¿Por qué esta claudicación de algunos hermanos en el sacerdocio? Una de las razones posibles es que el sacerdote, como todo ser humano, está en este mundo y por lo tanto expuesto a su seducción. Pero el sacerdote no debe perder de vista que, como todo bautizado, tiene que estar en este mundo, tiene que participar de la realidad actual; es decir, no puede ser un personaje que vive en otro planeta, tiene que estar en este mundo, pero no debe *ser* de este mundo, ¡como todo bautizado! ¡Sí!, ¡hay que estar en este mundo, pero no *ser* de este mundo! Como lo enseñó Jesús: *Ellos están en el mundo,...* (pero) *no son del mundo* (Jn 17,11.16). Por eso hay que «estar en el mundo, pero no *ser* del mundo». Esta «separación del mundo» la indica el Papa de modo indirecto, cuando especifica lo que *es* y lo que *no es* el sacerdote: «Sois sacerdotes y religiosos: no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal». ³ Algunos se equivocan porque no sólo están en el mundo, sino que, desgraciadamente, *son* del mundo. Y este *ser* del mundo implica adoptar sus ideologías, las cuales, ineludiblemente, conducen a la defeción en el sacerdocio. Tal vez muchos se adaptan –tanto en el plano teórico como en la *praxis*- a las corrientes secularistas del pensamiento, guiados por la buena intención de atraer al hombre moderno a la Iglesia, pero «no es cediendo a las sugerencias de un fácil aseglaramiento expresado o en el abandono del traje eclesiástico o en la asimilación de costumbres mundanas o tomando un oficio profano; no es ese el camino para acercarse al hombre de hoy». ⁴ El hecho de asimilar el pensamiento secular no es inocuo; por el contrario, trae como consecuencia la exclusión, por oposición, del pensamiento metafísico y teológico propios y característicos de la Iglesia Católica. Una tal asimilación lleva a la pérdida de la identidad sacerdotal, a una pérdida del sentido de su función trascendente, y a la adopción irreflexiva de un comportamiento mundano que, en un primer momento podría parecer un acercamiento con la cultura contemporánea, pero que sin embargo se revela pronto como lo que es: la disolución del misterio del sacerdocio en el devenir mundano. Esta asimilación es la contrapartida de la inculturación, y de nada sirve: «Esta asimilación quizá podría dar la impresión, a primera vista, de una facilidad de contacto; pero ¿para qué valdría si hubiese de ser pagada con la pérdida de la función específica evangelizadora y santificadora que hace del sacerdote la sal de la tierra y la luz del mundo? ¿Para qué serviría un sacerdote “asimilado” al mundo de tal forma que se convirtiera en elemento disfrazado del mismo y no ya en fermento transformador?». ⁵

Así, en la época del protestantismo, de la mal llamada Reforma, hubieron muchos sacerdotes y obispos que quisieron estar *a la page* (a la moda) y se tragaron el error de ese momento, y terminaron claudicando; así también después algunos se hicieron cómplices del filosofismo liberal, y terminaron claudicando, y así también ahora, hace unos años, otros se «marxistizaron» (aunque debido a la implosión del comunismo, ahora queda el materialismo y el vivir sólo de los sentidos, sin la virulencia que había hace algunos años), y también terminaron claudicando.

Este último ataque, el del marxismo, fue un ataque con el que se trató de que el sacerdote solamente se ocupase de las cosas del mundo, de lo social, de lo político, incluso de lo económico. Esta ideologización provocó un desastre, y esa es la razón por la que todavía se

³ JUAN PABLO II, *Discurso a los Sacerdotes y Religiosos en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe*, 27 de enero de 1979.

⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a un grupo de sacerdotes de Bolonia*, 19 de marzo de 1979.

⁵ JUAN PABLO II, *ibidem*.

da esa figura del sacerdote ocupado solamente de las cosas temporales; incluso hay feligreses que empujan al sacerdote a que sólo se ocupe de lo temporal. Sin embargo, el carácter eminentemente sobrenatural del sacerdocio es el que determina que el sacerdote deba ocuparse *principalmente* de las cosas sobrenaturales,⁶ e *indirectamente* de las cosas temporales. Su más alta preocupación debe ser llevar a las almas a «participar plena y activamente del Sacrificio eucarístico».⁷ En el campo temporal, debe actuar solamente a modo de director espiritual, formando las conciencias; corresponde al sacerdote «servir a la verdad y a la justicia en las dimensiones de la «temporalidad» humana, pero siempre dentro de una perspectiva... la de la salvación eterna».⁸ Debe tratar sólo *indirectamente* de las cosas temporales, porque ese campo no le corresponde; ese campo sólo pertenece por derecho pleno, directamente, a los fieles cristianos laicos.⁹

Hoy día en este último campo, en el temporal, a mi modo de ver, se da otra situación que implica un riesgo para el sacerdote, y es esta: hay que tener gran prudencia en el trato con las mujeres. Hoy día - también aquí, pero en otras partes mucho más-, a las mujeres les ha picado la «viruela boba», y se les fue la viruela y les quedó la «boba» por el tema del feminismo, por el cual se quieren poner en plano de igualdad con el varón (en el fondo es una visión *machista* no darse cuenta de que la dignidad del varón y de la mujer es igual, de modo que cada uno tiene un papel singular, pero complementario).

«Pero, Padre, -me dirán-, las mujeres no somos malas...». Ciertamente. Y ciertamente que nosotros -así nos han enseñado-, tenemos que ver a la mujer como vemos a nuestra madre, como vemos a nuestra hermana, como vemos a la Santísima Virgen. Sí, señor, pero hay que ser prudentes cortando, tempestivamente, las familiaridades. Pero también hay que saber que hay mujeres que no son buenas, que son malas mujeres y que buscan al sacerdote para perderlo. Un sacerdote se encontró con un ex compañero del Seminario que había abandonado el sacerdocio en un bar, en la zona de Flores, y él le dijo: «Mirá, todo lo que te puedo decir es: andá y decile al Cardenal que aquí hay mujeres, pagadas por la masonería, que van a buscar a los sacerdotes, aun en el confesonario». Con todo hay que saber que, a veces, son más peligrosas las que se hacen las «buenas».

Los sacerdotes somos flores de invernadero, de exquisita sensibilidad debido a nuestro oficio, por tanto, ¡muy frágiles! ¡Debemos saber cuidarnos y ser muy prudentes!

El sacerdocio es algo muy serio, no es jugar a la «mancha venenosa», no es hacerse el simpático, el tipo «cancho» que nos divierte. Bien, ¡No es ese el trabajo del sacerdote! El trabajo del sacerdote es llevar almas a Dios, y como hay enemigos poderosos que tratan de impedir eso, nosotros con nuestra oración, con nuestro sacrificio, con nuestra penitencia, con nuestra amistad verdadera, tenemos que respaldar a todos los sacerdotes, sea el que sea... ¿Es sacerdote, es ministro de Jesucristo? Hay que rezar por él, hay que hacer penitencia por él, hay que ayudarlo a él, hay que brindarle sincera amistad. Los tiempos, evidentemente, no son fáciles. Probablemente se vayan poniendo peor, tal como lo vemos. Pero Jesucristo no pierde poder. Jesucristo es *el mismo ayer, hoy y para siempre* (Heb 13,8). El Espíritu Santo sigue obrando, y sigue obrando maravillas. No tenemos que tener ningún miedo, pero sí tenemos que ser prudentes y saber que como sacerdotes estamos en frente de un combate difícil; no

⁶ cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, 28.

⁷ JUAN PABLO II, «Homilía a los sacerdotes americanos en Filadelfia», 4 de octubre de 1979.

⁸ JUAN PABLO II, Carta «*Novo Incipiente*», 7.

⁹ cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, 31; cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, 7: «Es preciso... que los seglares acepten como obligación específica suya el restaurar el orden temporal y el actuar... en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio...».

es soplar y hacer botellas, no es jabón de buena fragancia; es una lucha, es una guerra; es una guerra de ideas, y en esa guerra debemos tener la fortaleza que viene del Espíritu Santo y que es don del mismo Espíritu.

Por eso, ¡a comprometerse hoy y siempre a rezar por los sacerdotes!, ¡a rezar por aquellos que son nuestros «pastores»! El verdadero pastor va delante de las ovejas para que las ovejas no se pierdan, para que las ovejas encuentren los pastos buenos de la verdadera doctrina. Que sean auténticos pastores; eso debemos pedir, que estén dispuestos en su corazón a dar su vida por las ovejas.